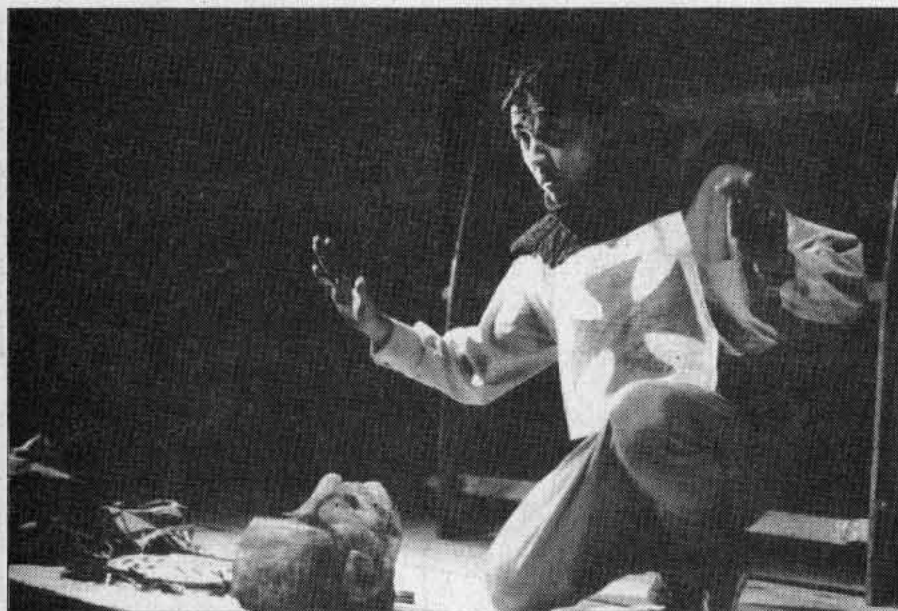


"Salmón Vudú"

# Teatro de mescolanza pop

Las dos palabras que componen el título de esta obra del joven grupo *Los Que No Estaban Muertos*—salmón y vudú— sintetizan la aparente relación entre el primer y segundo acto; es decir, ninguna. Pero aunque la conexión sea arbitraria, igualmente hay algo misteriosamente fonético que, absurdamente, las une.

Ganadora del Tercer Festival de Teatro del Instituto Chileno-Norteamericano en agosto pasado, *Salmón vudú* tuvo arrastre entre el público juvenil, hasta el punto que la hizo representar durante septiembre en *La Batuta* y actualmente en la sala de ese instituto. Los tres componentes (Laura Pizarro, Juan Carlos Zagal y Jaime Lorca) son los autores del texto, directores y actores simultáneamente.



Estilo, temática y actuación difieren radicalmente en los dos actos de *Salmón vudú*. En el primero se suceden escenas, imágenes, chispazos que son fundamentalmente situaciones llevadas al paroxismo: alguien cuenta la anécdota de un tipo que es asesinado en la barra de un bar y nadie dice nada; otros dos narran de cómo la mierda invadió una ciudad, mientras son envueltos en papel higiénico; y otro parodia el gangoseo nerudiano a la vez que mira por la ventana: "Afuera, la lluvia cae, y me llega a las rodillas".

En total, siete "cuentos" componen este primer acto, iniciado y finalizado por tres personajes que tararean deformadamente una melodía deformada, mientras arrastran un pie por el escenario. Según la explicación del grupo, se trata de un ambiente esquizofrénico donde conviven locos, NN y

desconocidos que pueblan las grandes ciudades contemporáneas. No hacía falta la explicación, porque es la atmósfera demencial y las situaciones que apelan a lugares oscuros del espectador lo que predomina. Todo aquí es la recreación de un ambiente de muerte, locura y violencia, teñido por un humor a veces grotesco y otras veces paródico.

El segundo acto está ceñido, en cambio, a normas clásicas de narración. Allí se cuenta—lineal y sencillamente— la historia de don Pedro, conquistador español del siglo XVI, soñador, romántico y aventurero, que arduamente consigue financiamiento con la reina y el Papa para allegarse a las Indias y esparcir el mensaje cristiano. Como tantas otras veces, Pedro es el buscador de un paraíso perdido que encuentra pero no reconoce y que, por supuesto, pierde. Aunque demasia-

do extenso, obvio a ratos, y semejando en algunos pasajes un mero ejercicio de actuación, este segundo acto posee un fresco ingenio para solucionar en un escenario pequeño las dificultades que impone contar las desdichas de Pedro sobre un velero, sumado a una actuación picaresca. Así, una extraña armazón de madera sirve para simular un podio, unos camarotes, un barco o lo que sea. Además, el tono humorístico de la actuación sobrelleva los pasajes que se prolongan en exceso.

## OTRO ENFOQUE

Al revés de lo que ha hecho el teatro chileno adulto en estos años, *Salmón vudú* es una obra que no está interesada en contingencias ni mensajes demasiado obvios, ni siquiera en poseer ciertos ganchos políticos o sociales que aseguren parte de una taquilla. Su exploración, en cambio, transcurre—como otros grupos jóvenes del último período— por las vías inconscientes e irracionales, mezcla de imágenes absurdas, narraciones estúpidas, situaciones donde se parodia la retórica en boga, donde se echa mano a lenguajes prestados y habitualmente rebajados como los de la radio y la televisión. Pero aquí, como también sucede con obras del Teatro de la Memoria, por ejemplo, ya no se trata de esa parodia que remedaba los estilos de los medios de comunicación de masas, sino más bien de apropiarse de esas formas y utilizarlas, integrándolas en la narración teatral.

Se entiende que *Salmón vudú* haya ganado en el Festival del Instituto Chileno Norteamericano y que siga presentándose ante el público juvenil: su mescolanza pop de estilos donde coexisten lo épico y lo absurdo, sus variadas formas y temas, su no ir a ninguna parte ideológicamente predeterminada y el apuntar al depósito de pesadilla con que llega el espectador al teatro, son factores más que suficientes para tener sintonía en un importante grupo de espectadores, aportando, de pasada, otro enfoque al manido realismo del teatro chileno. Merecen prolongarse en otras obras que depuren su estilo.

Incluso es esperable hasta un cambio de nombre del grupo. •

Juan Andrés Piña